

DEL BESTIARIO

Leslie Hernández

Ilustrado por Valerio Vega



DEL
BESTIARIO

Del bestiario

Primera edición, 2024
Colección: Alas de Lagartija

© Leslie Lizet Hernández Conde, por los textos

Ilustraciones: Ricardo Valerio Benítez Vega

D.R. 2024 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana. Corrección:
María del Carmen Salazar Flamenca. Diseño de interiores: Frida
Solano Martínez. Diseño de forros: Maltipo (Óscar Alejandro López
Alonso). Formación: Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco
Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Geomanist.

Las ilustraciones de este libro fueron realizadas con el apoyo del Sistema
de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de Artes Visuales,
año 2024.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son
propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural
Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por
escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-301-5
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**Gobierno de
México**

Cultura
Secretaría de Cultura

DEL BESTIARIO

Leslie Hernández

Ilustrado por Valerio Vega

*Dos cosas me admiran:
la inteligencia de las bestias
y la bestialidad de los hombres.*

Flora Tristán.



Círculo vicioso

En su paso por el mundo, el mago había acumulado sabiduría, poder y conocimientos; de esa forma, no sólo su vocación de padre, sino también su astucia, lo llevaron a distinguir muy bien el carácter de los dos hijos que había tenido: aprendió que uno de ellos era extremadamente bueno, mientras que el otro, su antítesis, puramente malvado. Temiendo que en cualquiera de los dos casos sus hijos fueran condenados a la desdicha o la tragedia, intentó por todos los medios enderezar sus caminos. Al acercarse a sus últimos días entendió que no lo conseguiría, y en su lecho de muerte, sabiendo que no podía guiarlos más y casi rendido, decidió otorgar a cada uno un don extraordinario (nadie supo si fue por senilidad, o como un castigo, o porque creyó que eso los ayudaría de alguna manera). Así, al bondadoso le otorgó la capacidad de quitar la vida a cualquiera con sólo pensarlo, y al cruel le otorgó el poder de devolverle la vida a quien fuera sólo deseándolo; para no correr riesgos, en ambos casos, el mago se exceptuaba a sí mismo.

Aquella inusual decisión no hizo más que atormentar al hijo bueno, quien no comprendía ni aceptaba el designio de su padre. Se sintió superado por aquella facultad que consideraba macabra; temía, en cualquier momento, quizá por uno de esos sueños que llegan sin control o a causa de algún pensamiento adverso, de esos que sin darnos cuenta a veces alberga la inconciencia furtivamente, desencadenar la desgracia para alguien. Terriblemente angustiado y desolado, se refugió en esa habilidad que le había otorgado su padre y decidió su propia muerte.

Su hermano, el hijo cruel, quien había visto de cerca toda su desdicha, lo revivió.



Cuento de hadas

Escuché una vez un cuento de hadas. Decían que existía, más allá de la línea azulada del fin del mundo, un lugar místico en el que habitan criaturas fantásticas de insuperables poderes; que algunos las habían visto, las habían poseído y que los más osados incluso las habían devorado; que el contacto con ellas provocaba clarividencias y que su aspecto era muy similar al nuestro.

Al crecer escuché más historias sobre estos seres, cosas buenas y cosas malas. Había muchos que les temían, pero había otros, más audaces, que se dedicaban a cazarlos, los buscaban con afán, dibujando mapas y repasando historias del folclor. Una cierta porción de la población no creía en su existencia, y era natural, pues nadie había dado pruebas fehacientes de su presencia: algunos citaban paisajes en libros antiguos, meras fantasías, como aquella que nos imputaba ascendencia alada; otros, los científicos y los estudiosos, basaban sus teorías en vestigios fosilizados, figuras metálicas o maderos y piedras grabadas que atribuían a su creación.

Uno crece y deja de creer en cuentos de hadas. Es muy difícil convencernos de algo si no hay pruebas, pero aún recordaba la historia que contaba mi padre y me lo creía porque involucraba a mi madre desaparecida: supuestamente ella se había obsesionado tanto con ese mundo de criaturas míticas que no paró hasta encontrarlo y así fue consumida. Me dediqué a seguir sus pasos, no por el lado supersticioso sino por el científico, encontré los mismos rastros que ella encontró y acudí con un grupo mínimo y de toda mi confianza a buscar respuestas.

Siguiendo los mapas y caminos que ella misma había marcado, nos dirigimos a lo más alejado de la superficie,

temerosos de lo que nos esperaba, pero ansiosos de conocer algo que nadie más sabía. Repetimos las incursiones varias veces hasta que una noche nuestra búsqueda dio frutos. Una criatura del tamaño de un cefalópodo envestía las aguas con una coraza de madera, avanzando gracias a un montón de piernas rígidas que empalaban la espuma del agua. Sobre su dorso un grupo de seres de nuestro tamaño y apariencia agitaban sus brazos al mismo ritmo, y al centro de su cuerpo se erigía un mástil que sujetaba unas membranas sedosas como las de las mantarrayas, que se inflaban impulsadas por el viento. Atado a ese mástil una criatura más extraña que el resto nos observaba embelesado; no tenía escamas, no tenía cola ni restos de alas; su cuerpo lo sostenían dos troncos fuertes, extremidades semejantes a nuestros brazos, y estaba también cubierto por membranas que conformaban una especie de piel superior.

Las criaturas existían, y en algunos rasgos eran semejantes, pero claramente no obtendríamos respuestas de ellos. No poseíamos el mismo lenguaje, no los comprendíamos ni ellos a nosotros, nos ignoraban. El único que parecía escucharnos, estaba eufórico y lucía encantado, como si al abrir la boca nuestras voces lo hipnotizaran. Los otros simplemente apretaron sus cuerdas al notar su exaltación. Les advertimos sobre Escila y Caribdis, pero ellos siguieron su curso, quizás en un acto de valor o de simple ignorancia.



Fantasmas verdaderos

El pueblo fue quedando abandonado: los pocos residentes que quedaban temían salir, y nadie llegaba de fuera por miedo. Decían que por esos rumbos se debía tener mucho cuidado, había historias de fantasmas, criaturas y aparecidos que asolaban los derroteros aledaños, puesto que el lugar estaba maldito.

Por aquellos días yo andaba muy atolondrado por algunos asuntos con mi mujer. Nadie quería entregar la mercancía que cada determinado tiempo abastecía al pueblo, pero yo estaba tan perdido en mí mismo que no sé cómo terminé ofreciéndome para el trabajo. Allí iba muy entrado en lo mío cuando la noche se me vino encima sin crepúsculo, como una tormenta que suelta el aguacero sin viento y sin relámpagos. Ya en el manto de la penumbra y olfateando un aroma pleno de azufre que emanaba quién sabe de dónde pero que se percibía en todas partes, iba atravesando el inhóspito camino oscuro cuando los caballos empezaron a inquietarse, y de ahí ya no pararon, durante todo el trayecto relinchaban y se resistían a avanzar como si vieran cosas; es bien sabido por todos que a veces los animales son más intuitivos en asuntos paranormales, eso no lo pongo en duda; además, los ruidos, éstos sí, los escuchaba, pero me asediaban sólo por instantes que de no ser por mi asunto hubieran sido más severos o durado más... lo cierto era que mi cabeza estaba gobernada en ese momento por las voces de mi familia, la de mi madre y las de mis hermanos, que injuriaban a mi esposa, siempre que podían me hablaban mal de ella: “Que es una mala mujer”, que “no sabe hacer nada”, que ¡“no te hubieras casado con ella”, que “nomás te va a traer disgustos”. Y de “mal parida” no la bajaban; y luego estaban también los chismes de los vecinos que dizque la veían aquí y allá con este o aquel fulano. Y no es que no me diera cuenta de las cosas, pero por ahí dicen que “el que

por su gusto...”, y yo tenía muchas ganas de creerle, la mera verdad es que estaba bien empecinado con ella.

La Felicia estaba de encargo. Eso era todo el asunto. Ella me juraba y perjuraba que se había preñado de la última vez que estuvimos en el establo, y yo no sé si se hace o de plano es tonta, porque la hacía más lista y yo que me acuerde llevamos varios meses sin tener faena, por aquello de que a veces llego bien cansado a la casa o ella me dice que no tiene ganas. Y de plano no me parece bonito eso de estar desconfiando de mi esposa, pero nomás no me salen las cuentas y ya casi me estoy imaginando que me sale con que es diezmesino, y si al rato no se parece a mí, ya estoy escuchando a la canija diciéndome que el chamaco “abueleó”...

Los caballos se detuvieron de pronto, y relincharon alebrestados, y en ese momento lo pensé: “en una de éstas la criatura se parece al compadre”. Como pude amansé a los animales y los puse en marcha a reatazos porque se negaban a cooperar, “no sería para tanto, al compadre le han salido buenos los hijos, trabajadores los hombres y bonitas las muchachas”. Escuché que se desprendían de lo profundo de los árboles unas risas ilógicas, primero retumbaban como un ruido de niños alegres y luego se desdoblaban en sonidos guturales, “y si era hijo de ella, de mi Felicia, a la que tanto adoraba, ¿a poco no iba a querer al chamaco?”, sentí un extraño tumulto de gente a mi alrededor, algo que me sobrecogía, “si cuando me casé con ella yo bien sabía que la Felicia tenía sus debilidades”, miré para todas partes y lo comprobé, ahí iban junto a mí una horda de los dichosos muertos tratando de cerrarme el paso, “me lo advirtió claramente, que no quería amarrarse a nadie y que si se casaba conmigo tenía que aguantarme”, una mano huesuda y descarnada se posó en mi hombro no sé con qué fin, “después de todo sí se preocupa por mí, aunque no me demuestre mucho afecto”. En eso aquel cuerpo se colocó junto a

mí, y aunque era sólo un montón de huesos con forma humana, se sintió un contrapeso leve en el asiento de la carreta. Los caballos gimieron con relinchidos disformes, “lo cierto es que sí estoy empeinado con la Felicia, pero no sé cuánto pueda perdonarle”, pero lo ignoré todo.

No es que no lo sintiera, no es que no lo viera: es sólo que en ese momento yo tenía otras preocupaciones más grandes. La mañana siguiente entregué la mercancía a primera hora, ileso y sin historias que narrar a los lugareños que me asediaban curiosos y asombrados por mi arribo. De regreso, aunque recorrí el mismo trayecto, los fantasmas no hicieron acto de presencia.



Mutante

El alba se embellecía con fulgores rosas desvayéndose entre los pardos azules, que fenecían, y los naranjas, que apenas centelleaban, para despedir a los últimos murciélagos que cruzaban el patio, aquellos que se retrasaban en su regreso a casa y que tenían su nido en lo alto del palo prieto que había en el jardín. La espesura verde y oscura del árbol, y las pequeñas frutillas azucaradas que daba les proporcionaban un ambiente adecuado y cómodo. Mi abuela debía barrer el patio cada mañana porque amanecía repleto de chicozapotes mordisqueados y arañados que aquellos mamíferos alados habían dejado caer en sus faenas nocturnas, y la melifluidad dorada que se desparramaba de esas frutas atraía infinidad de moscas, cuando el sol arreciaba.

Una vez, pasada la medianoche, me encontraba leyendo cuando escuché un ruido proveniente del cuarto de mi hermano. Aunque en ese entonces aquella visión la atribuí al cansancio y a una sugestión provocada por mis lecturas kafkianas, no puedo evitar sentirme sobrecogida cada vez que lo recuerdo. En esa época mi hermano era pequeño y huidizo, casi siempre estaba en su habitación y no salía a menos que lo obligaran; nunca me pareció algo inusual hasta que sucedió lo de esa noche. Alertada por el sonido, acudí cuidadosamente y en silencio para no despertar a nadie, y al asomarme a su habitación lo encontré en una posición extraña: descansaba en una esquina mordisqueando una de esas frutillas; estaba de cabeza, colgado con las corvas de las piernas sobre el quicio de la ventana. Lo que verdaderamente me perturbó fue que sus orejas se prolongaban más allá de su cabeza, eran alargadas y puntiagudas, y vi que de sus brazos se extendía una especie de tela pegada a su cuerpo, como las alas membranosas de nuestros cohabitantes; asustada encendí la luz, pero al instante él corrió a refugiarse bajo las cobijas de su cama.

Desde entonces no pude verlo de la misma forma; y a pesar de que durante el día lucía y actuaba como cualquier niño, comencé a espiarlo. Me di cuenta de que salía todas las madrugadas antes de que alguien se levantara, se dirigía al patio y recogía las frutas que los murciélagos dejaban caer en el jardín, casi como si creyera que las dejaban para él; a la vez, los murciélagos comenzaron a apilarlas en un mismo sitio como si se tratase de una ofrenda.

Un día, con aire de broma pero conservando un semblante serio, le dije a mi abuela que creía que mi hermano se estaba convirtiendo en murciélago. Le conté sobre mis indagaciones y lo que creí haber visto esa noche. Ella solamente se rio, pero tan supersticiosa como era, en menos de una semana ya había conseguido una pareja de gatos. Los gatos son depredadores por naturaleza y muchas veces buscan presas aun cuando no sea para comerlas. Así fue como los murciélagos desaparecieron de mi casa poco a poco. No fueron cazados todos de una vez, algunos simplemente se mudaron, después de todo había muchas otras casas en los alrededores, con árboles espesos, y convenientes cuevas cercanas.

Con el tiempo mi hermano abandonó sus hábitos nocturnos y no lo volví a sorprender en contorciones extrañas o recolectando frutos del patio, pero a veces cuando lo veo con atención, noto que sus pupilas se dilatan alargándose de formas imposibles y sus orejas se lanzan hacia atrás como si quisiera saltarme encima; la otra vez lo encontré jugando con un ovillo de estambre y claramente escuché que maullaba.

—Abue —le insistí a mi abuela—. ¿Y si esa comidita rica se la damos a los gatitos?



Quimeras

En el apogeo de las vicisitudes sociales y las distracciones políticas, surgió la necesidad de hurgar en otros mundos. La televisión de los años noventa se llenó de videos mal enfocados de avistamientos de ovnis y luces deformadas y sospechosas, oportunamente aparecieron especialistas abordando los sucesos, además, se agregaron nuevas criaturas a la mitología bestial que ya existía en los pueblos, y de las nuevas especies sobrenaturales o advenedizas, algunas tuvieron la fortuna de proliferar; así las mentiras cobraron vida de una manera brutal.

Hubo una mujer que incluso convirtió su granja en atracción turística aprovechando una supuesta invasión extraterrestre que había arruinado su cosecha, y la gente pagaba hasta cinco mil pesos de los viejos para poder ver los destrozos y desperfectos que habían causado las naves alienígenas a su maíz, y de paso se llevaban las mazorcas de recuerdo.

Ya por aquellos tiempos, aunque yo era muy joven, sabía muy bien que el gobierno se valía de esas tretas para distraer al pueblo de cosas más importantes y que el pueblo, aunque receloso y esquivo, se entretenía muy bien, pues cada día medio ganado, entre vacas, pollos y cabras, aparecía muerto en lugares cada vez más remotos. “Chupado”, decían. El mito viajó por todo el país y se paseó también por tierras extranjeras: ya no se sabía a quién dar el crédito, porque los cuentos habían alcanzado dimensiones estrepitosas sobrepasando la usual veta fantasiosa del insigne gobierno; y aquellos que montaban dichos espectáculos parecían ser devotos de sus propias historias, porque cuando aparecían en televisión se les veía muy seguros de sí mismos, alegando pruebas contundentes de sus versiones.

Fue por esa época que en una noche de tormenta escuchamos ruidos sobre la azotea, como si una cosa muy pesada

se deslizara atropelladamente sobre las palmas de nuestro techo; los cacareos de las gallinas acompañaron la urgencia, y mi madre, quien en ese momento estaba ocupada con otras labores, me miró solícita para que fuera yo quien se ocupara de la emergencia.

Nuestros animales, debo decir, siempre fueron criaturas muy raras, los perros se escondían o daban la bienvenida a los extraños en lugar de ladrarles, los gatos se divertían cazando iguanas casi del doble de su tamaño y las gallinas tenían la propensión de saltar sobre el corral sintiendo que volaban (supongo que ese debe ser el anhelo de todo ser con alas), aunque ellas continuamente estrellaban su afán en la frustración de una estrepitosa caída al suelo.

Así que tomé un plástico para cubrir mi cuerpo y una lámpara de mano, y me dirigí al corral pensando que las susodichas se habían escapado o habían protagonizado otro de sus fallidos intentos de tocar el cielo. Lo que vi me dejó estupefacto: encontré el corral ya destruido en medio de un río de plumas y vísceras; las gallinas sobrevivientes aleteaban asustadas y saltaban de un lado a otro, mientras una criatura de enormes proporciones zoomórficas, garras afiladas y características inextricables, se bebía con unos amenazantes colmillos la sangre de una tras otra víctima en cuestión de segundos, y luego las desgarraba sin piedad dejando sus cuerpos vacíos en el suelo con el cacareo atorado en el pico y los ojos blancos.

Mi presencia lo interrumpió. Distráido de su faena me miró con las cuencas enardecidas y un gesto en el hocico que asemejaba el origen de una pesadilla. A mí se me cayó la lámpara al suelo y se me desplomó la mandíbula queriendo pronunciar un sonido, pero en el mismo instante se me ahogó entre la lengua y los dientes, reculado por un pensamiento que reclamaba mi pervivencia: en ese momento yo únicamente esperaba que la criatura, así como yo, supiera que su existencia era sólo un mito.



Unicornio

Yo debí sospechar cuando me dijo que me vendería un unicornio, pero que debía guardar el secreto, según él, porque los unicornios son criaturas tan codiciadas que no podría darse abasto si otros se enteraran de su negocio.

Muchas personas conocían mi extravagancia y a lo largo de mi vida me había topado con tal infinidad de charlatanes que ya me había acostumbrado; incluso encontraba cierta diversión al tratar de burlarme de ellos en su intento por estafarme. Así que le pregunté cómo era su unicornio y él me respondió que era una potra imponente y celestial, tan blanca como la pureza. Al principio me mostré reticente, pero ligeramente inclinado a aceptar su oferta; para ver cómo reaccionaba, le dejé entrever que tal vez me interesaría si fuera una hembra azabache en lugar de blanca. Lo pensó un momento y después de meditarlo me dijo que vería qué podía hacer. “Claro, pensé, como si cambiar el color a un unicornio fuera cosa de magia”. Pero, ¿quién sabe?, él llamaba a eso “su negocio”, así que ya tendría alguna experiencia con una eventualidad de este tipo.

Días después llegó diciendo que la había conseguido, imponente y celestial, pero esta vez negra tal como yo la había pedido. Ese entusiasmo que parecía tan sincero me llevó a preguntarle qué opinaba de quienes consideraban a esos seres criaturas míticas o fantásticas, es decir inexistentes; trataba de sacarlo de sus cabales, pero más que ofendido se manifestó dispuesto a demostrar que se equivocaban, que tenía pruebas. Entrados en esos terrenos le pregunté cómo era que la había conseguido y por qué quería venderla; su respuesta no me satisfizo ni un poco, dijo que era un secreto y ahí fue que todo el asunto comenzó a parecerme raro, pero le seguí el juego de todas formas.

Después llevó fotos y videos del dichoso animal, para que yo me diera una idea de cómo era... Ja: como si no supiéramos todos cómo luce un unicornio; las examiné con detenimiento, y hasta cierto punto parecían reales, aunque tenía dos características que suelen acompañar a la mayoría de registros de hechos insólitos: desenfoque y nebulosidad. Lo noté nervioso cuando inspeccionaba las imágenes. “¿Cómo iba yo a comprar algo de lo que no estaba seguro?”, le dije.

Para cerrar el trato me propuso verla en persona; me juró y perjuró que se trataba de un ser auténtico y su certidumbre y determinación tan rotundas me hacían dudar de mi recelo; en esos momentos no sabía si compadecerme por su demencia o confiar en ella. Acepté porque también yo estoy un poco loco; después de todo hasta no tocarla no podría creer que era real, pero tampoco saber si no lo era. Me pidió una cantidad exorbitante tan sólo por ir a verla, argumentando que el simple hecho de contemplar a una criatura de esa naturaleza era ya un hecho extraordinario. Yo lo pagué porque a esas alturas quería ver hasta dónde llegaba la farsa.

El día esperado llegó, me llevó con él un fin de semana, subimos a un coche de su propiedad y hasta me vendó los ojos, como si de verdad se tratase del gran secreto. Participé de la comedia sólo para saber cómo acabaría su estafa. Bajamos del coche después de casi una hora, y ahí estaba, en un pobre establo mimetizado con la decadencia de las periferias: tan imponente y celestial como se presumía, relinchando como cualquier yegua indómita en cautiverio, con un pelaje reluciente y un cuerno plateado aún más brillante. Me acerqué a acariciarla, yo tenía experiencia con algunas criaturas salvajes y ella parecía intuirlo, así que me dejó avanzar y tocarla sin reserva, como si confiara en mí.

Tenía que aceptar que esta vez me había equivocado, era tan real como yo o el forraje que comía. Su cuerno deslumbraba como aureola angelical, era maravillosa. Pero entonces sucedió: las manos se me impregnaron de una especie de tinta espesa, un almizcle oscuro que se extendió en todos mis dedos. Arrugué el entrecejo y me marché enfadado, quizá más tarde me arrepentiría, pero en ese momento me sentí furioso y timado y claramente no pagaría ni un centavo más por una criatura de falso pigmento.

Cuando llegué a casa, muy molesto, me dispuse a cabalgar por el bosque que circundaba mi mansión. El contacto con esos enormes seres siempre me ha dado paz. Cuando llegamos al lago, mi corcel blanco se detuvo en la orilla. Su cuerno dorado rezumaba destellos ambarinos en las aguas cristalinas; suspiré y él me secundó en el lamento como si lo comprendiera: después de todo, ambos nos habíamos hecho la ilusión de encontrarle una compañera que corriera libre como él en ese páramo.



En el cielo no nacen los demonios

Un puro y sublime ángel se encontró una vez tentado, pues en medio de dos bellas nubes rosadas tropezó con un huevo brillante de color dorado. Sabía bien que los ángeles no deben sentirse jamás cautivados, pero no pudo evitarlo: más allá de aquel brillo hipnotizante sus pensamientos sucumbían al imaginar a la criatura majestuosa que pudiera emerger de ese cascarón esplendoroso.

Y el sólo soñarlo suponía una traición directa a sus principios, pues ningún ángel debía jamás fomentar vínculos que avivaran sentimientos de posesión o afectividad. También sabía que los ángeles no eran ovíparos, y conocía sólo dos mundos: el del bien y el del mal. Por ello, naturalmente, deducía que aquel huevo pertenecía a un demonio. Sin embargo, en su mente se fincó el envarado pensamiento de que no todo obedece a una naturaleza genética o biológica y que, de ser posible, un demonio criado entre ángeles podría romper con el paradigma del mal al que estaba destinado. Y decidió, en contra de todos sus fundamentos, cuidar de aquella criatura; hubiera querido actuar de forma correcta, pero si hubiera sido perfecto no se trataría de un simple ángel. Lo llevó a un lugar apartado en donde nadie pudiera encontrarlo y donde los más relucientes rayos de luz lo cobijaran e incubaran con religiosidad. Cuando llegó el momento, de los cascarones brillantes surgió el más perfecto de los demonios y el ángel se dedicó a cuidarlo con entrega y recelo hasta que pudo valerse por sí mismo; lo educó y le enseñó todo acerca de la existencia y la conducta de los ángeles. Un buen día, el pequeño, que no conocía nada más que la buena voluntad del ángel, lo llamó “mamá”. El ángel entonces rompió en llanto. En sus lágrimas convergían una felicidad insospechada y un pesar insoportable. El cuestionar sus razones orilló al ángel a confesarle a su, ahora hijo, lo atormentado que se sentía por lo impropio

de sus actos; le narró la naturaleza de su origen, y el pesar que le causaba haber roto todas las normas del Cielo por haberlo conservado, haber pecado de arrogancia al pensar que podía criarlo como un ángel, haber sido codicioso ocultándolo del resto, y sobre todo haberse dejado encantar por su ternura y amarlo tanto como lo amaba. El demonio, que comprendió bien las intenciones del ángel, se sintió conmovido. Y tal como había creído el ángel, su acogido podía aprender incluso de seres celestiales y entendía perfectamente las causas de su dolor, con una empatía que sólo de él podía haber aprendido. El pequeño, entonces, abrió sus enormes fauces y lo devoró, porque la lección más importante que había asimilado había sido la bondad.



La felicidad

En sus sueños había una puerta amarilla que cruzaba cada noche, pero cuando despertaba no recordaba lo que había visto tras ella. Sin darse cuenta comenzó a obsesionarse. Imaginaba que los más grandes misterios y enigmas encontraban su respuesta del otro lado de la puerta. Eso le causaba al mismo tiempo angustia y deseo. Atravesar esa puerta se convirtió en el culmen inalcanzable de su felicidad. Por eso vagaba cada noche por la ciudad, buscando algún indicio que lo condujera a la ventura soñada.

Por fin, una tarde de tinieblas, se encontró frente a esa puerta amarilla que tanto anhelaba. Nadie la custodiaba, así que entró sin vacilaciones; del otro lado, para su sorpresa, estaba la Muerte despachando algunas almas. La Muerte lo miró circunspecta y le dijo en un tono gutural y la voz más escalofriante que escucharía en su vida: “Ahora que has visto esto no puedo dejarte ir...”. Pero la Muerte, que pocas veces tenía la oportunidad de ser socarrona, lo pensó mejor y ante la impavidez de él, prefirió divertirse con el suceso: “A menos que prefieras despertar mañana creyendo que esto ha sido un sueño y no recordar nunca lo que aquí has visto”. El hombre aceptó de inmediato, y junto al olvido, la Muerte le regaló la obstinación. Al día siguiente despertó queriendo cruzar una puerta que había soñado; tenía la certeza de que ocultaba algún misterio, no sabía qué era, pero suponía que se trataba de una felicidad inconmensurable...



Los ojos

—Mi querido amigo, ¿cómo es posible...? —me interrogó temeroso. Nos habíamos conocido tan bien que yo reconocía la agonía de las palabras que buscaban morir en su garganta antes de escapar de sus labios para causarme algún daño.

—¡Descuida! —lo tranquilicé—. Sé muy bien cuál es la duda que te aqueja, pero me temo que me es imposible contestarte: no somos más que personas en un mundo terrenal y hay cosas que escapan a nuestra comprensión; desafortunadamente, la respuesta que podría brindarte no satisfaría tu duda y sería suficiente para que me creyeras loco.

—Sé que te has negado a hablar de esto con otros, pero a mí, que te conozco de toda la vida, ¿no puedes explicarme la razón de tu repentina ceguera?, ¿intentas decirme que obedece a una cuestión sobrenatural? Tan sobrenatural como natural, tan efímera como eterna, tan terrenal como celestial, tan simple como complicada, y tan entendible como incomprendible... Pocas son las cosas que poseen un carácter tan ambivalente y ésta fue una de ellas. Lo que me sorprende realmente es que a pesar de que hace unos días gozabas de plena salud y hoy te encuentres así, lejos de sentirte triste o enojado se te ve totalmente resignado, ¿no me explico!

—Si tanto es tu afán, te aclararé lo que sucedió, aunque no te culparía si lo considerases falacias: fue una tarde tan cualquiera como ésta. Me ocupaba de mi jardín como todos los días, cuando mis ojos vislumbraron un capullo, el más bello y único entre los suyos, y se prendaron de él, de esa blancura que sonreía entre sus pétalos, que apenas asomaban, y esa ternura entre verdina y fulgurosa que saltaba de gota en gota de rocío —le narré—. Comprendí en ese instante lo que sucedía. Así que acudí cada día a ese jardín que hoy no puedo ver más, impelido por los ojos, y digo “los ojos”,

porque esos, amigo mío, ya no eran mis ojos, ya no me pertenecían, habían sido conquistados por un botón de luna, que se negaba, a sabiendas de la ansiedad que provocaba, a brotar completamente. Y se burlaba, dueño de sí, consciente de su belleza y empotrado en su vanidad, resistiéndose a los halagos que las miradas lisonjeras le obsequiaban. Cualquiera otro brote habría cedido ante la zalamería, pero los ojos no lo habrían elegido sin notar antes su virtud. Poco a poco, esquivo y ajeno a esos ojos y cualquier otra mirada, floreció sin pretensiones; diva y señora, la flor más radiante, de un brillo igualable a la misma luna, y así, dueña de su propio cielo, volvió instantáneamente pardo aquel jardín del cual fue la única estrella. Y la eternidad duró un par de días, en la que los sentidos se desdoblaron con la mirada y percibió cada uno de ellos lo que yo ya sabía, pues esos aromas y colores se abrían paso a través de la mirada, como saetas afiladas que perforaban todo discernimiento. Los ojos contemplaban la pureza de esos pétalos aterciopelados con oficiosidad cada mañana, y así fue que, tan extasiados como estaban, no supieron prever lo que todos ya sabemos por mera observación, que toda vida en algún momento culmina. La flor abría sus pétalos cada vez con mayor destemplanza y éstos se alejaban sin remedio de su corola para luego separarse y darse al viento como los años que no vuelven. Y fue languideciendo hasta que por fin feneció, pero olvidó llevarse consigo esos sentimientos que provocó en los ojos. Y ellos, que sólo saben sentir con la mirada, no comprendieron la ausencia de su amada. Los sentí llorar, natural, y luego descomunadamente; cada vez los percibí más lejanos, y entendí que se habían desterrado de mis cuencas para entregarse a una búsqueda infinita. Sabía que aún andaban por ahí, vagando, porque de vez en cuando veía en imágenes borrosas y distantes, como si se tratase de un sueño, jardines floridos dotados de extraordinarias bellezas en donde ellos la buscaban sin ningún resultado; algunas veces los sentía embriagados en otras mieles y aromas que,

yo sabía, no llenaban el vacío; y otras veces veía personas que huían despavoridas, pues debe ser una visión escandalosa contemplar unos ojos que, carentes de alma, han perdido también su cuerpo. Por días enteros lo único que pude ver fue una luz intensa y radiante; los ojos contemplaban el Sol, dispuestos, con su dolor, a incendiarse, pero no había suficiente fuego en el astro para incinerar ese invierno de ausencia y desamor con el que se habían casado. Me quedé ciego al fin una noche, cuando ebrios en su propia hiel de amargura se suicidaron ahogados en sus lágrimas cristalizadas. Así que, mi amigo, es verdad que no puedo entender cómo sucedió, pero sí puedo aceptar que aquel desvarío fue, simplemente, amor.



Nitidez

Era, la gran tormenta, dueña de esa noche. Los estrepitosos ruidos de los truenos robaban el protagonismo a los vientos asustando a los caballos, que cada vez que el cielo se iluminaba dividido por aquel relámpago sinuoso, relinchaban escandalosamente.

El mozo de la casa sospechó que algo andaba mal, una falla en la corriente había oscurecido toda la granja y una neblina, que se sentía amarga, inundó la casa en tanto los ruidos se incrementaban; hacía tiempo que les faltaba personal, desde que aquel accidente en la barranca había ocasionado algunos decesos, por lo que, aunque no le correspondía, él mismo bajó a los establos armado con una lámpara en una mano y un rifle a cuestas. Al llegar ahí el muchacho se alarmó: el caporal estaba tirado en la entrada, inerte y bocabajo; se aproximó velozmente y lo revisó, no respiraba y no tenía rastro alguno de heridas, sin embargo, era seguro que algo terrible debió haber visto antes de morir porque guardaba en la mirada un gesto patidifuso y asfixiado; los ojos yertos aún lucían desorbitados y su rostro preservaba una palidez azulosa como la que precede al espanto más hondo, el que proviene no del cuerpo sino del alma. El inquieto mozo alumbró el interior del establo con su linterna, presto a tomar el arma en cuanto fuese necesario. La luz reveló que al fondo de las caballerizas dos de los caballos yacían en el suelo con las gargantas rasgadas, acuchilladas de lado a lado. Escuchó ruidos detrás de sí, se sobresaltó, tiró la lámpara y preparó el rifle, y en el momento en que giraba sobre sí, la corriente volvió intensificando y dando forma frente a él a una silueta siniestra e imponente. Parecía uno de los empleados que habían estado en el accidente, creía reconocerlo por esa figura de hombre robusto, el sombrero de astilla y las botas que chasqueaban con las espuelas oxidadas, pero no tenía rostro, ni cuerpo, era una figura etérea

y alargada que se alimentaba de luces para transformarlas en una oscuridad delineada, en esa sombra aberrante. La silueta lo pasó por alto y se acercó a otro de los caballos (éste relinchó alebrestado presintiendo lo que le esperaba), sujetó las crines de su sombra, y tal como había hecho con las otras, la degolló al instante. Cayó el cuerpo del animal justo después que lo hiciera su sombra asesinada. El mozo, quien había quedado paralizado, soltó su rifle y quiso correr después de presenciar aquella escena, pero sus extremidades no respondieron.

Aprovechando su estupefacción, la figura se aproximó a él nuevamente y le habló en un lenguaje que sólo pudo comprender su propia sombra: “Hace días cuando se desgajó el cerro, yo fui uno de los que se salvaron, entonces tomé uno de los caballos para volver al pueblo, pero el muy desgraciado me arrojó al suelo y no contento con ello, en su huida de la tormenta, me propinó una patada que me arrojó por el barranco; mi cuerpo yace desde entonces en una zanja. Al principio no comprendí por qué mi sombra no pereció, pero ahora sé que fue para regresar al establo y tomar venganza; no puedo identificar al culpable porque aquella noche todos terminamos cubiertos de lodo, así que los mataré a todos. Sin embargo, no tengo nada en contra tuya o de cualquier otra persona, por lo que si no interfieres conmigo no te haré daño”.

La sombra del mozo permanecía inerte, había dejado de temblar, pero no por sosiego o por coraje sino porque su cuerpo hacía mucho que se había derrumbado.



El monstruo

Al apagar las luces de la habitación, el niño cerró los ojos con cierto resquemor. Teniendo en cuenta las inquietudes del pequeño, la madre besó su frente y se dirigió a la puerta dejándola entreabierta para que entrara un poco de luz. No pasó demasiado tiempo antes de que la cama comenzara a cimbrarse, desde sus cimientos las paredes crujieron, dejando escapar una neblina espesa que cubrió toda la pieza y de debajo de la cama surgió la sombra de aquel aterrador monstruo que visitaba la habitación todas las noches.

Monstruo y niño se miraron un instante al estar frente a frente, e incapaces de discernir el misterio que los envolvía, se estremecieron. Esa noche, el monstruo sería el único en darse cuenta de que, aunque tuviera la misma apariencia, ese niño sobre el colchón no era el mismo a quien solía asustar.



Dragones y princesas

Estaba estancada en esa edad incomprensible en la que no quieres seguir creciendo, pero tampoco deseas permanecer en el mismo sitio. Con pretensiones de adulta, deseos de niña y viceversa, mis ojos, vencidos por la voracidad invisible de sueño querían cerrarse mientras que mi mente se esforzaba por permanecer alerta. No quería perder detalle de ése, mi primer baile de adultos, al cual asistía únicamente por tratarse de una festividad familiar. Y aunque sabía que el día de mañana aún me asaltarían sueños vívidos de unicornios y querría jugar a las muñecas, también deseaba explorar un poco más ese otro mundo que ensalzaba los desvelos, vanagloriaba las conversaciones sofocadas por las notas estridentes y se complacía con las luces que abandonaban el celaje para titilar en un orbe más terrenal, que tanto cautivaba a todos los chicos de mi edad.

Las otras niñas, de años casi adultos, deambulaban en la pista estrenando movimientos que claramente acababan de aprender, mientras yo me entregaba a una observación exhaustiva de las costumbres de aquel ritual, sentada al lado de mi adusta abuela, quien veía con disgusto cómo las demás hijas y nietas de su clan corroían sin recato sus pasos en la pista.

En ese momento un mozalbete con sonrisa desgastada se acercó a mí ofreciéndome su mano.

—¿Quieres bailar? —me dijo con voz núbil y donosa que intentaba sonar galante.

—¡No! —respondió agreste, rotunda mi abuela, empujando con desdén su mano—. Ella no baila...

No tuve tiempo de contestar, sonreír o siquiera reaccionar.

La feroz respuesta de mi abuela había sonado como un rugido que acallaría cualquier osada discrepancia, y el jovencito huyó con la vergüenza y el desconcierto sumidos entre los hombros. De lejos pude ver que la imponencia de aquella matriarca decidida a preservar, aunque fuera un poco, lo que ella consideraba el pudor y la inocencia, que todavía albergaba una de sus descendientes, lo había abatido. Pasada la medianoche, la tenacidad vigilante de mi abuela se vio avasallada por el cansancio de su cuerpo enjuto y se retiró a sus aposentos. Yo me quedé sola un momento, adornando la silla, como las flores del rosal que envejecen sin sentido en los centros de mesa olvidados de sus macetas y sus raíces, en la intemperie desolada; escuchaba diluirse frases sin sentido en ritmos pegajosos que parecían no tener fin y veía repetirse una y otra vez los movimientos de caderas y las zancadas cada vez más exageradas. Para ese momento, mi paso por ese “otro mundo” había traído a mí la claridad y el aprendizaje que necesitaba, pero aquel niño volvió con su cara picaresca y su voz y me ofreció su mano otra vez.

—¿Quieres bailar? —dijo ahora con voz gallarda y envalentonada mostrando sus dientes con orgullo y soberanía, y ese brillo en los ojos típico de un ángel caballeresco que sabe que libera a una princesa del dragón enfadado. Y yo, claro que me sentí liberada, pero:

—¡No, yo no bailo! —le dije con esa voz de dragón que me había heredado la abuela.

Luego me retiré a dormir.

Índice

Círculo vicioso	9
Cuento de hadas	12
Fantasmas verdaderos	17
Mutante	22
Quimeras	26
Unicornio	31

En el cielo no nacen los demonios	36
La felicidad	41
Los ojos	45
Nitidez	50
El monstruo	55
Dragones y princesas	58

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Curiel de Icaza

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

María Guadalupe Moreno Saldaña

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Octubre de 2024



Entre monstruos, demonios y mutantes, estas doce historias de terror te harán testigo de aventuras escalofriantes en las que hasta los seres de la oscuridad sienten, suspiran y aprenden.

Descarga gratis más títulos



Gobierno de
México

Cultura
Secretaría de Cultura

COLECCIÓN

**ALAS DE
LAGARTIJA**

"Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa".